

J.J. BENÍTEZ

AL FIN
LIBRE



Quizá no lo sepa, pero hay «otro» J. J. Benítez. Además del investigador y narrador, hay un J. J. Benítez que «pinta» con las palabras. Un «buzo» audaz e incansable de las profundidades humanas. Un «alpinista» de la Verdad. Un «alquimista» del pensamiento y un «Robin Hood» de la esperanza.

En Al fin libre, ese «otro» J. J. Benítez da un triple salto mortal sobre sí mismo y cae, de pie e impecable, sobre la muerte. Nadie, hasta hoy, se atrevió a quitarle la máscara a esa gran desconocida.

Si usted teme a la muerte, atrévase con el «otro» J. J. Benítez. Este «cruzado», este «capitán Trueno» de lo imposible, le hará libre...

Al fin libre.

*A mi padre, que me amó, y a Nelly,
mi hermana, que me ama.*

¿Dónde estás?
Tus ojos, cerrados, duelen...
¿Qué ha sido de ti?
Poco antes brillabas...
¿Por qué nos dejas?
Ahora empezábamos...
¿Por qué callas?
Los sentimientos te reclaman...
¿Hacia dónde te diriges?
Míranos: estamos aquí...
¿Por qué no regresas?
Y una «voz», al fin, susurró en el corazón:
«Es que ahora soy libre».

«HASTA LUEGO»

Fue como una luz. Como un chispazo...

A mi espalda, agonizante, apenas insinuado por el amarillo vigilante de un piloto, mi padre consumía sus últimas horas. Y yo, impotente, me aferré una vez más a las estrellas, suplicando compasión y benevolencia. No para mí, sino para él. La muerte, avisada, se había instalado ya en los silencios. Todos lo sabíamos. Y él también. Pero cuándo, en qué momento besaría la frente de aquel buen hombre...

La tensa espera, vestida de plomo, fue una insoportable compañera de habitación. Y ocurrió. Fue como un aviso. El primero de una larga serie. Fue como una luz. Como un chispazo...

Recuerdo que me hallaba acodado en la ventana, con la mente maniatada, casi tan moribunda como mi propio padre. No podía asimilarlo. Un mes antes, aquel hombre fuerte, sano y jovial me había hablado de proyectos... Al poco, todo quedaba en suspenso. Todo naufragó. Un mal irreversible lo invadió, empujándonos a ese rincón oscuro de la impotencia.

Y como todas las noches, como un rito obligado en cada guardia, me subí a las estrellas, buscando clemencia, rogando al buen Dios que acortara su agonía. Fue entonces, saltando de lucero en lucero, mientras aquel domingo, 27 de junio, se fugaba indiferente por la puerta de atrás de la medianoche, cuando escuché su voz. Sonó fuerte y clara. Tan nítida que, asustado, me volví hacia la cama. Pero mi padre, sedado, continuaba dormido. Perplejo, sólo acerté a

pasar los dedos sobre su frente, acariciándolo. Mi primera y tímida caricia..., ¡en cincuenta y tres años!

Y la voz regresó, repitiendo: «¡Escribe!».

Sí, era el primer aviso. El primero de una larga serie que ahora me propongo rescatar. ¿Un aviso? Quién sabe... Lo cierto es que, a tientas, busqué el inseparable cuaderno de campo y regresé a la ventana.

«¡Escribe, hijo mío!».

Escribir..., pero ¿qué? No tuve que esforzarme. Mi mano, convertida en corazón, se deslizó rápida —casi vertiginosa— sobre el blanco del papel. Las estrellas, respetuosas, fueron los únicos testigos. Ellas, sabedoras, se dejaron caer, iluminándome. Minutos después, más perplejo si cabe, leía el siguiente texto:

»Carta de José Benítez a los que le aman.

»Queridísimos:

»Aunque no soy el autor material de esta breve despedida, mi espíritu está en cada palabra. Sólo deseo pedirlos dos cosas:

»En primer lugar, aunque bien sé que son momentos críticos para vosotros, os ruego —os suplico— que no os dejéis dominar por la tristeza.

»¡YO SIGO VIVO!

»¡Estoy VIVO!

»He despertado en un mundo nuevo y ahora sigo un camino como jamás podríais imaginar.

»Por favor, contened las lágrimas..., en la medida de lo posible. La vida humana tiene sentido. Un maravilloso sentido. Pero sólo aquí, EN LA LUZ, empezamos —empezaréis— a descubrirlo.

»Si en verdad me queréis, por favor, prestad atención: no os aflijáis. Vuestro sufrimiento no me ayuda. Al contrario. Celebrad mi entrada en la verdadera VIDA. Celebrad que, al fin, soy un ángel». Por último, quiero que sepáis algo de

especial importancia. Yo lo practiqué en vida, aunque nunca lo suficiente. Sabed que la clave de vuestra existencia es el AMOR. Amad sin medida, sin esperar respuesta ni recompensa. Amad a cada instante, aunque no comprendáis. Yo, ahora, en este magnífico mundo en el que VIVO, lo sé: el AMOR es la única verdad. El AMOR lo sostiene todo.

»Recordadme y recordad: volveremos a vernos —física-mente—, en su momento.

»En realidad, esto no es una despedida. Sólo un “hasta luego”. Como sabéis, los que se quieren nunca dicen “adiós”. “Que Dios os bendiga”.

»JOSÉ BENÍTEZ, ahora más cerca del PADRE».

Me negué a leer por segunda vez. ¿Qué era aquello? Y continué enganchado al brillante firmamento, rogando por aquel buen hombre...

Al día siguiente, aparentemente por casualidad (?), mi hijo Iván formularía una extraña petición:

«Escribe algo... Al abuelo le gustaría. Se lo debes...».

Y remató, levantándose en el aire: «... Si quieres, yo puedo leerlo en el funeral».

Cuatro días después, en la tarde del dos de julio, mi padre fallecía. E Iván, con una entereza poco común, cumplió lo prometido, leyendo en público el singular «aviso».

En realidad, nadie supo cómo y cuándo fue escrito. Como tampoco han sabido de los siguientes e insólitos «encuentros» con esa misma «voz». Unos «encuentros» —lo adelanto desde ahora— cuajados de esperanza.

LA SEÑAL

«¡ESTOY VIVO!»

Esta frase —casi un grito— me desconcertó. Mi padre no era un hombre especialmente religioso. Creía en Dios, sí, pero sin alardes, sin estridencias ni preguntas. En vida —y bien que lo lamento—, apenas cruzamos un par de conversaciones sobre la muerte o sobre Dios. Curioso Destino. Sería después, una vez sepultado, cuando «conversáramos» sobre el asunto...

No voy a ocultarlo. Aquella noche del 27 de junio, al recibir el primer «aviso», dudé. Por supuesto, la «carta» podía ser fruto de mi imaginación o del ardiente deseo de que siguiera vivo. Aunque la «voz» se presentó nítida y recortada en la oscuridad como un iceberg, mi mente —como un ladrón— estaba robando su verdadera naturaleza. Durante algunos días flaqueé. Y la razón se impuso, arrojando a patadas a la tímida intuición. Sin embargo...

No sé de qué me extraño. Lo ocurrido días más tarde, durante el funeral celebrado el 3 de julio, no era una novedad. Sucedió en el momento crítico, mientras Iván procedía a la lectura del «aviso». No sé cómo, pero en aquella tormenta de emociones, la intuición regresó, colándose audaz en mi corazón. Y sugirió: «Solicita una prueba, una señal». Esta vez no dudé. Le di la espalda a la razón y formulé una petición:

«Si en verdad estás VIVO, si esa "voz" era tu voz, dame una prueba. Hazme saber dónde estás».

Obviamente, nadie supo de estas casi absurdas maquinaciones. La pregunta, no obstante, como algo casi natural, flotaba en el cielo de cada corazón.

«¿Dónde estás?».

No tuve que esperar demasiado. Y ocurrió «algo» desconcertante. «Algo» ilógico. «Algo» que hizo enmudecer a la razón.

A la mañana siguiente, domingo, 4 de julio de 1999, a las 09.45 horas, me hallaba en el interior del automóvil de mi cuñado, Joaquín. En el asiento posterior, mi hermana Nelly y Aurora, una de mis tías. Nos habíamos situado a espaldas del tanatorio «Iratxe», dispuestos a acompañar los restos mortales de mi padre hasta el cementerio de Pamplona. Se abrió la puerta del garaje y vimos aparecer el coche fúnebre. No puedo explicar por qué, pero mis ojos quedaron clavados en la matrícula. Miento. Ahora sí sé del por qué de esta extraña acción...

No podía creerlo y, desconcertado, reclamé la atención de mis familiares. Y todos, en efecto, confirmaron lo que tenía a la vista.

NA-1946-AY.

¡El año de mi nacimiento! ¿Casualidad? ¿Cómo era posible?

Pero la supuesta casualidad no terminaba ahí. Días más tarde, el doctor Manu Larrazábal, maestro en Cábala, me transmitía el secreto significado de las letras y números de la singular y oportuna matrícula. A qué negarlo. Las explicaciones de Manu —ajeno por completo a mi «petición»— me dejaron sin habla. Tras convertir los mencionados números y letras al hebreo, la «traducción» (incluida íntegramente más abajo) respondía plena y meridianamente a la cuestión formulada en el funeral:

«Desfalleció (murió). Destinado a la altura».

Increíble. En la «señal», en la respuesta, aparecía contenida mi propia pregunta: «NA-AY» («por favor, dónde»). Es decir, «por favor, os ruego, ¿dónde está?».

Naturalmente, me faltó tiempo para indagar sobre el número de vehículos matriculados en esos momentos en Navarra, incluyendo, claro está, los coches fúnebres. Las sucesivas respuestas de los centros oficiales vinieron a ratificar lo que ya suponía:

Total vehículos matriculados (a diciembre de 1998): 306 034.

Total coches fúnebres matriculados en Navarra: 49.

¿Hacer números? ¿Para qué? Estaba muy claro. La probabilidad de que un coche fúnebre —en este caso, el que trasladaba el cadáver de mi padre— portara la mencionada matrícula, con el año de mi nacimiento y la «respuesta» a mi petición, se hallaba sometida a tal cúmulo de parámetros que la presencia de dicho furgón en ese lugar y en ese momento resultaba casi nula desde el punto de vista matemático.

Sí, mi padre —o quien fuera— respondió puntual y magistralmente a mi solicitud.

«... Hazme saber dónde estás».

«Destinado a la altura».

En otras palabras: ¡VIVO!

FURGÓN FUNERARIO. - Día 4-VII Matrícula del furgón:
NA - 1946 - AY

NA - AY: NA = α] por favor, os ruego.

AY = α ¿de dónde, cuál, como qué.

Vuestro padre ha fallecido y esta pregunta os la hacéis los familiares: «¿Dónde [ha ido], por favor?»»

Aquí viene la respuesta:

47 $\square = 40, \eta = 5, \beth = 2$

$\eta \square \beth$ colina, altura, cima.

1946 (año de tu nacimiento):

$\Gamma \square \Gamma \psi \Gamma \alpha$ (α = uno-mil, $\Gamma = 400, \psi = 300, \gamma = 200, \square = 40, \eta = 6$,

$\psi \square$ defalleció $\Gamma \eta \square \alpha$ dicho, destinado.

«Defalleció destinado a la altura.»»

¿Te dije alguna vez que los números se comportan como las partículas elementales? ¿Comprendes por qué los físicos dicen que las letras (números) son los ladrillos con los que está constituido el Universo? ¿Que cuando conectas sin prejuicios AB-BÁ te da respuestas?

¿Aún hay alguien que piensa que son «casualidades»?»

Tú y yo (y otros muchos) desde luego que no lo pensamos...

Un abrazo de tu amigo:

MANU

Traducción de los números y letras de la extraña matrícula.


MINISTERIO DEL INTERIOR

DIRECCIÓN GENERAL DE TRÁFICO

 SI-E.
 FI/mg

MINISTERIO DEL INTERIOR - DIRECCIÓN GENERAL DE TRÁFICO - REGISTRO GENERAL
SALIDA
6400012 Mg. 990021456 29-12-1999 10:17:40

En contestación a su carta en la que solicitaba conocer el número actual de coches fúnebres que existen y circulan en la provincia de Navarra, le participo que no es posible conocer los que actualmente "circulan". Sin embargo se le puede facilitar la siguiente información, una vez realizada la oportuna investigación, según los datos obrantes en los ficheros existentes en esta Subdirección:

- Coches fúnebres matriculados en Navarra y que no están dados de baja definitiva: 49.
- Coches fúnebres domiciliados en Navarra y que no están dados de baja definitiva: 58.

Madrid, a 27 de diciembre de 1999

EL SUBDIRECTOR GRAL. ADJUNTO DE INFORMÁTICA



Armando Molina Villaseñor

 Sr. D. J.J. Benítez
 Apartado 141
 11160 - BARBATE (Cádiz).-

LOS «CAMAREROS»

«¡ESTOY VIVO! ¡Y destinado a la altura!»

Fue curioso. La «voz» esperó. Aguardó a que este torpe ser humano se convenciera. Después se presentaría ante mí, día tras día, solícita ante mis dudas y reclamaciones. Y mi diario —como un milagro— se vio colmado con unas «conversaciones» que, francamente, no sé cómo calificar. ¿Pura imaginación? ¿Realidad? Por supuesto, dada mi proverbial tozudez, exigí nuevas pruebas, más «señales». Y se cumplieron. Una tras otra. Pero ésa es otra historia...

En el fondo, poco importa. Si esas «charlas» con mi padre sólo han sido fruto de mi subconsciente..., ¡bendito subconsciente! ¡Bendita esperanza! Que cada cual juzgue y decida...

«¡ESTOY VIVO!».

Mi primera «conversación» —más que atropellada y confusa— giró justamente en torno a esa desconcertante frase. Yo lo había visto muerto. Yo había velado su cadáver. Yo había asistido a su entierro. Sin embargo, la «voz», imperativa, repitió una y otra vez:

—¡Estoy vivo!... ¡Sigo vivo!

—Pero la muerte...

—Sí, querido hijo, llegó. Fue como tú dices. Como un beso en la frente.

—Un momento, papá, vayamos por partes. ¿Sabías que era el final?

—Al principio, no... Después, sí. ¿Recuerdas? Os lo dije...

—Pero ¿cómo? ¿Cómo pudiste saberlo? Nadie te insinuó...

—Fue al final. Aquella gente alrededor de mi cama... Se presentaron en la noche. Vestían de blanco. No los conocía. Me miraban y hablaban entre ellos... También os lo dije, ¿recuerdas?

—Sí, hablaste de alguien... De algunos hombres vestidos como camareros...

—Ésa fue la señal. Entonces lo supe. Había llegado el momento.

—¿Tuviste miedo?

—No demasiado. Ocurrió algo extraño. Aquellas personas —los «camareros»—, aunque no me hablaron, tocaron mi frente y me sentí en paz. Fue una increíble y desconocida sensación. El dolor desapareció y también la angustia. Me sentí feliz. Pleno. Inundado por una extraña paz. Tú, quizá, no lo recuerdes, pero esa madrugada te hablé e intenté decírtelo.

—No recuerdo...

—Yo estaba despierto. Tú te aproximaste a la cama y tomaste mi mano entre las tuyas. Sentí tu calor y tu fuerza. Y me dijiste:

«Papá, tranquilo». Yo, entonces, rodeándote con ese inmenso amor que me llenaba, respondí: «No..., tranquilo tú». Pero creo que no comprendiste. Después, dulcemente, todo se oscureció. Dejé de oír y de sentir. Fue lo más parecido a un sueño.

—¿Un sueño?

—Así es, un dulce y benéfico sueño.

—¿Y la muerte?

—Eso es la muerte, querido hijo. Te duermes, sin más...

—Parece simple.

—Es que lo es. Tu Jefe —creo que así llamas al buen Dios— es muy discreto. Además, no sé por qué lo preguntas. Tú lo sabes y lo has escrito: «Dios nos entrena todos los días para morir». La muerte es un sencillo mecanismo, ne-

cesario para proseguir. Cada noche, al acostarte, estás ensayando esa última escena. Y lo haces tranquilo y confiado. Pues bien, la única diferencia es que, al morir, despiertas en otro lugar... y sin pijama.

—No entiendo tu buen humor...

—Quizá más adelante, si continúas preguntando, lo comprenderás.

—Curioso. Aquí sólo ha quedado la tristeza. Tú, en cambio...

—Os lo dije en la «carta» que leyó Iván. No fueron sólo hermosas palabras. Es la realidad: ¡sigo VIVO! Y aunque el vacío y la amargura son comprensibles, tratad de sofocarlos lo antes posible. Si pudierais verme, si supierais...

—Eso suena muy bien, pero...

—Sé lo que estás pensando. Y no es justo. Tú, precisamente, has recibido algunas «señales»...

—Sí, lo reconozco.

—Entonces...

—Veo a Nelly... Ella no termina de aceptarlo. Sinceramente, no estamos preparados para la muerte.

—Pues ya va siendo hora... La muerte no es un mal. Sólo se trata de un ascensor. ¿Por qué tenerle miedo a un mecanismo natural? Te lo he dicho y, seguramente, te lo repetiré: Dios no hace chapuzas. Querido hijo: todo obedece a un orden. Un orden perfecto y magnífico que tú, ahora, no puedes asimilar. Pero no te desanimes. Despacio, paso a paso, iré contándote aquello que he visto y lo que ahora sé.

—Nadie me creerá...

—Eso poco importa. Yo hablo para ti. Es tu corazón —no tu mente— el verdadero destinatario de mis palabras. Él sabrá...

»¡Felices sueños! ¡Feliz entrenamiento!

REFLEXIONES